

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes..... 4 reales.
 Por tres id..... 11 »
 Por un año..... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Se vende suelto, á cuartos en toda la Península.

Vase al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales.
 Por seis id..... 28 »
 Por un año..... 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
 ULTRAMAR.—Un año..... 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Administración y Redacción, Cuartas, 82, pral. izq.º

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTES: ORTEGO Y PEREA.

EL PÍCARO PUEBLO.

En España no debería haber pueblo. Si no hubiera pueblo, seríamos el pueblo más feliz del universo.

Cunde la opinión de que la caduca Europa se corrompe por momentos; la gloria de la civilización latina toca á su ocaso; el vicio, la indiferencia imperan en todas partes; los caracteres van desapareciendo, y lo más triste es que la pobre España no es más que el rabo de ese enorme animal moribundo que se llama Europa.

Hable Vd. aquí de clases con unos cuantos hombres sensatos y convendrán en que ninguna corresponde á su oficio social; que todas están degeneradas.

Pero atienda Vd. á la parte alegre del negocio.

Después de lamentarnos de que tengamos seiscientos generales; de que en cada pronunciamiento sea tan segura la ganancia de estrellas, galones, fajas y entorchados, como segura la pérdida de orden, trabajo, disciplina y progreso, tenemos el deber de rascarnos los ojos y gritar como energúmenos:

—¡Nuestra única salvación ha sido el ejército! ¡Oh si no fuera por el ejército! ¿Qué sería de la patria, de la libertad, del honor nacional, sin el ejército?

Y queda convenido que lo único que se conserva incorrupto es el ejército.

Pero como hemos adquirido el feo vicio de lamentarnos, buscamos un pretexto para cualquier lacrimoso desahogo, y, por ejemplo, nos ponemos á deplorar las desventuras que han llovido por espacio de largos años sobre la prensa periódica, y sobre el escándalo de que en gobernando la unión, los jueces siempre reconocían la culpabilidad de los antiunionistas; y en gobernando neos ó progresistas, eran igualmente condenados sus adversarios.

Sin embargo, el deber de la contradicción nos llama, y el que primero atina con la cosa sale exclamando:

—A lo ménos en medio de la universal corrupción hemos podido sacar á salvo la magistratura. La magistratura es lo único que permanece entre nosotros ageno á las miserables pasiones de partido. ¡Oh, la magistratura...!

Y pasamos á hablar de la Marina.

Hasta setiembre último, nuestra fórmula era la siguiente:

—La marina española ha estado dando el más alto ejemplo de lealtad, de respeto al poder constituido y de obediencia á las leyes. Nuestros marinos son marinos y nada más. ¡Gloria á los marinos!

Ahora, nuestra fórmula ya la saben Vds., es:

—La marina se ha cubierto de gloria con su iniciativa en las aguas de Cádiz; ella facilitó á nuestros generales sus primeros movimientos, y dió el primer grito emancipador de España.

Y demos que se hable del clero.

Primero comenzamos á quejarnos de qué es codicioso, intolerante y nada instruido. Le echamos en cara su intervención cautelosa, y siempre reaccionaria en los negocios públicos, su ingratitude á los gobiernos liberales, que hasta hoy le habían concedido la exclusiva; confesamos que solo le vemos trabajar por el aumento de groseros intereses; pero inmediatamente nos da el ataque, y gritamos:

—Por lo demás, nuestro clero es muy superior al clero protestante, y á los clérigos católicos de toda Europa. En Austria es un escándalo verlos con gaban y botas altas, fumando y disputando en cafés y corrillos; en Roma es una vergüenza verles entregados á todos los hábitos del seglar y frecuentando los peores círculos; en Méjico da vergüenza verles tocando las castañuelas y bailando la zamacueca; en Francia son galancetes eruditillos y frívolos; nuestro clero á lo ménos es casto, morigerado, prudente...

Y cátese Vd. también justificado el clero.

¿Se habla del trono?

Bien descargamos la ira sobre Carlos IV y Godoy, sobre Fernando VII, sobre María Cristina y el que

disimuladamente la sacó de viuda, sobre Isabel II y sus camarillas; pero inmediatamente convenimos en que la única institución salvadora y que ofrece garantías para lo porvenir, es el trono.

De modo que en este pueblo, lo único malo es el pueblo.

Aquí, cuando se pierde una virtud, no hay más que pegar al pueblo.

Somos ignorantes por culpa del pueblo; debemos centenares de millones por culpa del pueblo; no podemos ser libres por culpa del pueblo; no se puede rebajar los presupuestos por culpa del pueblo.

¡Ah! ¡Cuándo viviré yo en un pueblo sin pueblo!

ROBERTO ROBERT.

¿ASOMAS LA OREJA?

¡Cuán cierto es que al que no está hecho á bragas las costuras le hacen lagas!

Siempre tiró la cabra al monte. Y es condición humana que duren génio y figura hasta la sepultura.

¿Quién no sabe á estas fechas que al buéy por el asta y al hombre por la palabra?

Por el hilo se ha sacado siempre el ovillo y es tontería pedirle al olmo peras.

El pueblo sabe más que nadie y ha consignado en millares de reformas la base de la filosofía social.

¿A que no se figura el lector dónde vamos á parar con todas estas tristes reflexiones?

Se lo diremos y nos dará la razón enseguida.

La revolución se hizo con el concurso de los partidos liberales.

Al grito de viva España con honra y al son del himno de Riego todos nos dimos un abrazo cordial.

Cordial, decía un moderado en cierta ocasión, quiere decir cosa de cuerda.

Y cuando las cuerdas á Leganés, decía el moderado que el gobierno amaba al pueblo cordialmente.

Esto no es alusión al abrazo que los elementos liberales se dieron.

Continuemos.

Se hizo la revolución en familia. Todos contribuyeron. Por la primera vez se juntaron blancos, negros y colorados. Y aquel fué un gran día.

Pero han pasado seis meses. ¡Seis!

Tiempo suficiente para que en él sucedan muchas cosas, es el comprendido entre setiembre y abril. Y en efecto, muchas cosas han pasado.

El país ha pasado por una crisis.

El gobierno ha pasado por todo.

¡Por el ministerio de Hacienda es por el único que no ha pasado nada!

¿Pero no es verdad que, á pesar de todo, el país no ha dejado de estar conforme en una cosa?

Ah, sí; el país no ha dejado de pensar lo siguiente:

—¿En qué vendrá á parar esto?

Y además ha hecho esta observación:

—Pare donde pare, lo importante es que se salve la libertad.

Y aquí entramos de lleno en el asunto que nos ocupa.

La libertad es bocado demasiado fuerte para algunos.

Crean algunos que es indigesta, y por eso la temen. Estos algunos formaban parte de la coalición que se formó en Setiembre.

Entre los elementos liberales hay algunos ó tímidos ó cucos.

Y estos tímidos-cucos asoman la oreja por la menor cosa.

Sucedé lo de Cádiz, ó lo de Málaga, ó lo de Madrid hace pocos días.

Los tímidos-cucos se alarman enseguida.

Pero se alarman tan pronto, que no parece sino que estaban esperando con ansiedad la ocasión de alarmarse.

Como pueden contar con algunos periódicos, estos son los que se encargan de dar la voz de alerta.

Periódicos con cierta historia, que se parecen á las personas que se educan de repente.

Si señor, hay personas que se educan de pronto. Ayer vestían de paño burdo, y hoy gastan sombrero de copa.

Ayer trabajaban á jornal y hoy son caballeros. Como no están acostumbrados á serlo, suelen dar una pifia con mucha facilidad.

Y á pesar de su nueva posición, descubren la hila.

Lo mismo les sucede á ciertos periódicos. Acostumbrados á ser conservadores, andan un poco torpes en materias de libertad completa.

Antes de setiembre eran tranquilos, y hoy están en el deber de ser exaltados.

Pero como conservan resabios, no pueden por menos de decir lo que sienten á veces.

Están en el grave compromiso de seguir á la revolución en su marcha. Pero como encuentren una ocasión de asustarse, ¡cómo se asustan!

Vamos á decirles lo que conviene que sepan.

La libertad hay que aceptarla con todas sus consecuencias. Si estas son motines y asonadas y disgustos, no culpeis al pueblo, porque tampoco él tiene la culpa.

¿O quereis que el pueblo se eduque también de repente?

La verdad es que ningún pueblo del mundo ha sido más juicioso que el español en circunstancias parecidas.

La verdad es que el pueblo español, hasta ahora, no ha hecho nada.

Creer que porque hoy se revelen unos voluntarios, ó porque mañana chillen unas mujeres, la libertad no fructifica y que el país no es digno de ella, es... asomar la oreja.

Francamente, se necesita haber nacido liberal, tener sangre de tal, sentir la libertad dentro de sí, para dar á ciertas cosas su verdadero valor.

GIL BLAS no teme que la libertad se pierda. Y lejos de imitar la conducta de algunos periódicos que ayer eran conservadores y hoy se llaman revolucionarios, aconsejará siempre al Gobierno que sea todo lo liberal posible, y que no se altere por bullanga más ó menos.

Porque si nosotros nos alarmáramos por pequeñeces, y temiéramos á la libertad, ¿qué pensaría el país de nosotros?

Lo que piensa de algunos.

Que tienen resabios. Que tal vez desean volver á las andadas; que asoman la oreja.

NÚMEROS Y HECHOS.

Algun profundo economista nos hará ver claro como la luz del medio día, valiéndose para ello de la autoridad de los números, que Madrid es un pueblo muy laborioso y que produce mucho: libremente Dios de resistirme á la evidencia de un cálculo aritmético, pero yo sostengo que en Madrid hay más holgazanes y más desocupados de los que buenamente pudieran tolerarse.

En vano el estadista me argüirá con números: yo le contestaré con hechos.

¿Y es posible que haya contradicción entre los hechos y los números?

Creo que no; pero no estoy en el caso de resolver antinomias.

Un filósofo griego andaba para demostrar la existencia del movimiento.

Yo que no soy filósofo ni griego, pero que encuentro muy admirable esta manera de argumentar, diré al economista: «El pueblo de Madrid será productor, no lo niego; tus cifras apinadas dirán la verdad, lo reconozco; pero mira, ahí tienes millares de vagos que ni trabajan, ni producen nada que no sea disgustos.»

En la primera hora del día, en la última de la tarde, á la madrugada, á media noche, á todas horas puede hacerse el experimento: el laboratorio está abierto siempre y á nuestra disposición en cualquier instante.

Los elementos de que podemos hacer uso varían un tanto, pero el resultado es el mismo.

Sean las once de la mañana.

Supongo que el joven economista no tendrá inconveniente en acompañarme á la célebre y *cuasi-elegante* Puerta del Sol, célebre por un edificio sin escalera y por una fuente monumental (?) sin pilón.

Yo me coloqué delante del ministerio y descubrí toda la amplitud de la estensa plaza.

El golpe de vista es magnífico en conjunto ¿verdad? Los saltadores de la fuente monumental, elevándose á notable altura hasta dominar los edificios, y humedeciendo á los transeuntes descendiendo y forman entre los adquirentes caudalosos arroyos, los coches que cruzan por acá y por allá, anunciados á veces por un aguardentoso *¡eh!* del conductor, los hombres de negocios que atraviesan precipitadamente de una parte á otra, todo esto y algo más que omito contribuye á prestar al cuadro animación, pero descendamos á los pormenores.

Hay á mi lado dos hombres del pueblo rebosando salud, fuertes, vigorosos y de buen aspecto: ambos pasean con gravedad, que no me atrevo á llamar cómica, aunque algo tiene de eso, y allí están paseando un par de horas, fusil al brazo, hasta que son sustituidos por otros dos que hacen la misma operación.

Pregunto yo al economista, qué producen para sí y para su país, esos dos hombres, y los otros dos, y los otros, y muchos más que tienen el encargo, al parecer, de no dejar que se mueva de su sitio la antigua casa de correos?

Yo debo, sin embargo, decir en honor de la verdad, que esos hombres pierden un día solamente, al cual habrá que agregar el domingo, y acaso algún otro de fiesta nacional, de santo patron (!) ó de rebullicio; pero, ¿y qué me diría el señor economista si le señalase uno por uno centenares de hombres que ocupan constantemente el mismo sitio?

Y no vaya á creerse que exagero.

Tengo para mí que hay personas que surgen por escotillon como los aparecidos en el teatro.

Estátuas vivas que sirven acaso para adornar la plaza. Sorpresa constante que nos propina el arquitecto.

Aquel hombre de mirada amenazadora, que apoya negligentemente su espalda en el quicio de esa puerta, hace seis años que está allí siempre en su puesto como figura de rinconera.

Si paso por la mañana, allí está; si vengo por la tarde, también; si madrugó, lo encuentro; si me retiro tarde, lo veo. El por nadie varía de posición, y está allí siempre. ¿Cuándo come? ¿Cuándo duerme? Pero, ¿sé yo acaso si come? ¿puedo yo asegurar que duerme?

Ese otro que pasea en ademan de conquistador con las manos metidas en los bolsillos; aquel otro que se atusa el bigote mirando con insistencia el reloj del ministerio; uno que pasa revista á las fotografías de Alonso Martínez un día, y otro, y otro, y siempre con el mismo afán; aquel... ¿pero á dónde voy á parar? La tarea sería interminable.

¡Oh! yo estoy seguro de que el economista no conoce la Puerta del Sol: si la conociera, si como yo hubiese de cruzar todos los días aquel inmenso mar de hombres desocupados que se mueven, y van, y vienen, y forman corros importándoseles muy poco de estorbar ó no al que tiene asuntos más graves de que tratar, y necesita contar los segundos, yo estoy seguro de que hubiera puesto alguna limitación á eso de que Madrid era laborioso y producía mucho.

Y cuenta, mucha cuenta con esto, que hoy, en gracia de la brevedad, he limitado mi prueba á examinar la Puerta del Sol.

Calcule el economista qué cúmulo de observaciones hubiéramos podido obtener visitando los cafés de la misma plaza. ¡Aquel café Imperial! ¡Aquellas Columnas! ¡Aquel Levante, centro de reunión en años anteriores de los pícaros demócratas!

Calcule si podríamos observar algo en la Plaza Mayor y en la plazuela de la Cebada. Recuerde si ha visto algo parecido en la Cuesta de la Vega ó en las cercanías de la puerta de Toledo.

Haga memoria de que Madrid queda casi despojado en día de toros.

Y compadecido de mi amigo el economista no le lleve á muchas oficinas del Estado, en las cuales—y á nadie aludo—no suele matar el trabajo.

Y para no ofender la delicadeza del economista, renunciaría á hacerle subir á los billares en que se juega treinta y una y *borregos*, donde vería rodeando la mesa multitud de jóvenes y ancianos que no producen gran cosa en este pueblo productor, como no sean disgustos y molestias á los vecinos.

Y menos le pediré que me acompañe á una de las infinitas casas en que se pasan la noche jugando á la lotería muchos hombres, que por fuerza pasarán después durmiendo todo el día; ¡qué laboriosidad!

¿Y qué diría el economista si le hiciesen visitar tabernas ó garitos en que personas del feo y del bello sexo—si es que entre los jugadores hay sexos, que lo dudo—se disputan con encarnizamiento el escudo ó los cuatro reales?

¿Por ventura el economista no ha sido importunado muchas veces, *muchas*, por hombres jóvenes y robustos que le pedían una limosna? ¡Oh pueblo productor!

Tengamos el valor de decir la verdad al pueblo. Digamos, no al pueblo laborioso, que de ese no se habla ahora, pero á una gran parte del pueblo de Madrid. Los que te llaman laborioso te adulan: eres holgazán, pierdes lastimosamente tu tiempo, y no lo dices, ni la holgazanería ni la vagancia conducen á la libertad; aprende, porque es necesario que lo aprendas; que cuanto más liberal es un sistema político, más laboriosidad y más honradez exige del ciudadano. Solo los gobiernos despóticos que á la sombra de las malas pasiones y de los abusos viven, pueden transigir con el que no trabaja ni es útil á sus semejantes.

A. SANCHEZ PEREZ.

TEATRO ESPAÑOL (por mal nombre.)

Sres. Catalinas, Vds. se han propuesto matarme á disgustos.

No se contentan con hacerme creer á fuerza de sueltos y gacetillas, que el Teatro Español es el único donde acuden personas notables, y que los actores en él son muy aplaudidos, y que el arte les debe mucho; sino que ahora me insultan.

Esto es una verdadera desgracia. Porque, ya que no tenga en Madrid más primeros actores que ustedes, me vea por ende precisado á oírles cuando quiero ver una comedia, y luego tenga que ver en letras de molde que me ha gustado mucho, y que han estado inimitables; no me faltaba más sino que se metieran á juzgar mis inclinaciones, y á quitarme el gusto que, en uso de mi derecho, tener quiera.

Figúrese el lector que los Sres. Catalinas tienen la pretensión de combatir las tendencias del público de Madrid.

¡Ellos, que viven del público! dirá el lector. ¡Ellos que trabajan al lado de Matilde porque el público ha olvidado á Romea, Latorre y Valero!

Me veo precisado á transcribir algo de lo que los Catalinas dicen en *La Correspondencia*.

Anuncian un propósito del Sr. Gaspar que se titula *La Can-canomanía*, y dicen que la obra es «una razonada y decorosa protesta que el arte y las letras hacen contra el extravío de una parte del público que con loco afán corre á aplaudir las escandalosas escénicas, tan frecuentes hoy en la mayor parte de nuestros teatros.»

Vamos por partes.

Si la obra es una protesta que hace el arte, los señores Catalinas han estado un poco inmodestos al encargarse de representarla.

Si por el arte y las letras se entiende á sus representantes en Madrid, todos hemos visto concurrir con frecuencia á los teatros donde se hacen las escandalosas, á todos los representantes de las letras y de las artes. Y por cierto que los picarillos se divierten como cada quisque.

En cuanto á lo de que la protesta es decorosa, no se debía decir, porque los que conocemos á Gaspar, sabemos que nunca ha hecho nada indecoroso. La advertencia, por consiguiente, más es ofensiva, que satisfactoria.

Ahora vengamos á lo del *loco afán* con que una parte del público corre á aplaudir las escandalosas.

Confieso que siempre he visto el teatro de los Bufos lleno de gente. Puede haber cien ó doscientas personas que vayan todas las noches á ver el *can-can*. Las demás varían de una noche á otra. Debo suponer que no es una parte del público sino el público todo el que ha ido á ver el baile. ¿A que han estado los Catalinas?

Si las obras son escandalosas, sabido es que la escandalosidad no hace regla general, y que solo por eso se la tolera y aun se la aplaude cuando tiene gracia.

Pero todas estas son consideraciones generales. Lo grave no es esto.

Lo grave es que los Catalinas quieren imponerse al público madrileño.

¿Con qué derecho?

¿Si al público le gusta el *can-can*, por qué ha de protestar el empresario del teatro Español, en nombre del arte ni en nombre de las letras, cuando ni él representa las letras ni el arte? ¿Quién ha engañado al Sr. Catalina, diciéndole que no es él uno de los que más han contribuido á desprestigiar el arte con su manera de declamar?

¿Con qué derecho se las echa de moralista quien ha pecado como otros tantos?

¿Con qué derecho combate las escandalosas un Catalina, autor de una escandalosidad (*El camisolín de Paco*), horriblemente silbada en el teatro de los Bufos?

Vamos, amigos míos, hablemos claros. Ustedes no están conformes con que el público se vaya á ver bailar el *can-can* y deje desierto el teatro Español, donde hay noches en que se muere uno de tristeza al verse tan solito en aquella casa! Ustedes no están conformes en que el público tenga por conveniente divertirse bailando el *can-can*. ¿Y qué ha de hacer el público sino divertirse con lo que pueda?

En lo de la protesta decorosa parece que hay algo de lección de moral, y sobre este punto también quisiera decir al público cuatro palabritas.

Yo me precio de hombre de bien; procuro cumplir con mis deberes en la familia y en la sociedad; tengo mi conciencia muy tranquila... vivo con mi mujer, no con la del prójimo... y sin embargo, me gusta el *can-can*! ¿Qué quiere Vd.? ¡me gusta, no lo puedo remediar!

Suelo ir á verlo bailar; y á mi lado, y enfrente de mí, y á derecha é izquierda, suelo ver á personas cuyos antecedentes me son conocidos, y cuya vida sé que es buena y honrada. Pues les gusta el *can-can*, y pasan un buen rato viéndolo. ¿Ha visto Vd. qué dolor?

Y no es esto lo más grave, sino que después de ver el *can-can* nos vamos todos á casa y no se nos ocurre nada malo. Seguimos siendo los mismos ciudadanos pacíficos, hijos ó padres de familia, trabajamos cada uno en nuestra profesión, y santas pascuas.

¡Y pensar que hay quien protesta decorosamente de que tales cosas hagamos!

Es preciso que Vds., Sres. Catalinas, se convenzan de varias cosas.

Primera. De que al público le gusta el *can-can*, porque es una cosa nueva y divertida.

Segunda. De que acude á verlo con preferencia á todo, porque no tiene otra cosa que ver y que le llame más la atención.

¿Por qué no le ofrecen Vds. comedias buenas y bien representadas, de esas que atraen al público que acude siempre á ver todo lo bueno, cuando es muy bueno?

—Porque eso no está en nuestras manos.

—Entonces la culpa es de Vds. y de los autores. El público obra lógicamente en acudir á lo único que hoy llama la atención.

Tercera. Esa parte de público á quien se quiere dirigir la protesta, es el mismo que en ocasiones dadas acude al teatro Español. En Madrid no hay un público para cada espectáculo, como sucede en París y en otras grandes capitales. Aquí no hay más que un público para todos los espectáculos. Las mismas damas que vemos en el teatro Español un día determinado de la semana viendo trabajar á ustedes, las vemos otro día presenciando el *can-can* en el teatro del Circo. El mismo público que hoy se decide por el *can-can* en dos ó tres teatros es el que en otro tiempo invadía el teatro Español para ver *El tanto por ciento*, decidiéndose por él sobre todo lo demás que en los teatros le ofrecían.

Cuarta. Que aunque se baile *can-can* en todos los teatros de Madrid, no seremos los madrileños mejores ni peores. En todo caso les haré á Vds. una observación puramente mía; yo creo que no es el *can-can* el que engendra las malas costumbres, sino las malas costumbres las que han dado vida al *can-can*.

Quinta. Que el público no olvida el arte ni la belleza por que aplaude las escandalosas. No hay pueblo que tenga mayor sentimiento del arte que el pueblo español; por eso aprecia más el contraste; por eso le divierten algunas escandalosas. Cuando se sabe apreciar una caricatura, es indudable que se sabe apreciar el original. Es una cuestión de estética que creo inútil explicar á Vds.

Sesta. Que es vano empeño querer contener la corriente general. ¿Recuerdan Vds. aquel invierno, durante el cual toda la prensa estuvo condenando las corridas de toros? La primera corrida que hubo estuvo la plaza más llena que nunca.

Séptimo. Que para anunciar un propósito, no es necesario tanto ruido, ni hay para qué echársela de moralistas. En la sociedad hay cosas más repugnantes y más criminales que el *can-can*, amiguitos. Una comedia en que se combatieran los amores adulterinos, ó la vanidad desenfrenada, ó cualquier otro vicio social, me parecería más útil que un propósito contra el *can-can*, que después de todo no es más que un baile en el que se echan los pies por alto.

(Y, entre paréntesis, me alegraría que en esa protesta se bailase también el *can-can*, con el pretexto de ridiculizarlo, porque esto podría dar algunas entradas á su teatro.)

Después de escritas estas líneas se me ocurre que acaso he padecido equivocación al suponer que el suelto de *La Correspondencia* es de Vds. Quiero suponer que no lo es, y por lo tanto retiro mis palabras en lo que á Vds. se refieren. A bien que el que protesta es el Sr. Gaspar, autor de la obra. Vds. no harán más que representarla. ¡Qué digo! ¡Ni aun eso!

La culpa es de *La Correspondencia*. ¡Díganle que no se ocupe de Vds. más... y así ganaremos todos!

CABOS SUELTOS

Por catorce mil reales, ó mejor aun, por la falta de catorce mil reales, no ha salido la procesion del Viernes Santo.

Vea Vd. por donde hemos apreciado que el clero de Madrid valuaba esta solemnidad en menos de mil cuatrocientos escudos.

Algo menos que un entierro de primera clase. Esto siempre es edificante.



Se habla del teatro...

ACTUALIDADES.—EL CAN-CAN.



El can-can del Circo de Paul.



El can-can de 'œil crevé (en los Bufos).



Las hermanas Fernandez.



Un caballero (llamado Perdigon.)



La señorita Luisa (llamada la Lavandera.)



El can-can de las loretas, Zarzuela.—Señas particulares: la liga por encima de la rodilla, media blanca y calzon de carnes.

Para bailar el can-can se saca el vestido largo; de este modo nos propinan el placer de levantarlo.



En Capellanes.



En el café-cantante.



En el teatro.



En las máscaras.

La nueva Constitucion se va pareciendo al sol.
Sale poquito á poco.
Ahora falta saber si será un sol bonito ó un sol-feo.

Yo creo que será un sol de invierno.
Un poquito de libertad, otro poquito de tradicion,
otro poquito de democracia, otro poquito de progresismo.
En fin, una cosita arreglada. Un arreglito para un rey.

¿A que está hecha más á gusto del rey que del pueblo?
La mano de D. Salustiano se ha de conocer siempre.

¡Mire Vd. que eso de haber hecho la monarquía hereditaria es lo que me ha hecho gracia!
Ahora es cuando me dan ganas de votar á Espartero, solo por ver á su heredero.

El emperador está mejor de su catarrito.
La Europa respira como si le hubieran quitado un peso de encima.
La Agencias telegráficas comunican la noticia á todos los periódicos.—El emperador sigue bien.
Esto es capaz de curar el dolor de muelas á cualquiera.

Todos los dias de la Semana Santa se los ha pasado Figuerola pensando en lo que dijo Pi y Margall acerca del déficit.

¡Porque lo gordo es que Figuerola pensaba haber pedido autorizacion para dos empréstitos más!
Y ahora no se atreve.
¡Es claro! El dice:—Con otra definicion que nos dé Pi y Margall de lo que es el déficit, no me dan la autorizacion y me dicen que me vaya con la música á otra parte.

Los carlistas continúan conspirando en Bayona.
Se asegura que procuran sobornar á oficiales del ejército.

Ahora le pregunto yo al ministro de la Guerra, con esta franqueza que Dios me ha dado:
—¿Sabe Vd. algo de eso?
Porque si sabe Vd. algo de eso, convendria que el que tuviera tentaciones las desechara.

El Pueblo se incomoda mucho por lo de las mujeres á la puerta del Congreso.
—No hay por qué, amigo. Esas cosas no tienen importancia. Si empezamos á dársela, todos los dias tendremos un jaleito.
Eso se ve pasar, y se aguanta uno.

—¿Cómo te gusta vestir, Pepe?
—A mí, de negro.
—¿Y á tí, Luis?
—A mí de claro.
—¿Y á tí, Antonio?
—A mí de azul.
—¿Y á tí, Manuel?
—¿A mí? ¡De fiado!

He visto unas mujeres por esas calles en estos dias de fiesta, que me han convencido de que no debe venir ningun rey extranjero.
Porque el rey que venga traerá cortesanos de su país, y sus cortesanos van á tomar diez mujeres cada uno.
No hay otras españolas en el mundo.
¡Viva Madrid!

Mucho se habló porque se fué á Francia el embajador francés. Ahora se habla porque vuelve. Yo no veo en esto nada de particular.
¡Digo, me parece que no ha subido el precio del pan por eso!
¡Qué afán de dar importancia á las cosas que no la tienen!

De Portugal dicen que el rey viudo se disgusta porque le trata mal la prensa española.
Amigo, eso de ser rey es mal oficio. ¡Generalmente está uno en berlina!

En cuanto al príncipe de Soenzolheru parece que se ha desistido de él.
Naturalmente, seria un rey que si no tenia el inconveniente de los pronunciamientos tendria el de las pronunciaciones.

Han preso al carlista Marimon.
Y le han preso antes de que se decreta la abolicion de la pena de muerte.
No diremos nosotros, como los anuncios de las almonedas:
¡Aprovechar la ocasion!

Dícese que en todo el mes de abril quedará arreglado lo del monarca.
¡Españoles! Ya no nos queda más que un mes de desahogo.
¡Bebiam, bebiam!

El niño terso sigue haciendo nombra-mientos.
Es lo único que puede hacer el infeliz.
Lo gracioso es que sus cortesanos tomen en serio todo lo que determina el señorito.
Yo creo que los cortesanos son unos guasones que comen y beben y pasan el tiempo.
Ya verá Vd. la que se va á armar cuando el señorito diga que ya no hay un cuarto.
¡Se lo van á comer!

El tifus sigue haciendo su negocio.
¿Por qué no hacemos una manifestacion pacífica pidiendo la abolicion...
—¿Del tifus?
—No; de la medicina. ¿Para qué sirve?

Hay quien asegura que la conformidad de los prelados,—santos varones!—en la separacion de la Iglesia y el Estado, es *sub-conditione*, ó mejor, *sub conditionibus*: me explicaré: querian sus eminencias:

- 1.º Separacion completa de la Iglesia y el Estado, que asegurase la independencia de la Iglesia católica.
 - 2.º Prohibicion absoluta de cualquier otro culto.
 - 3.º Capitalizacion de los doscientos millones que hoy paga el Estado de culto y clero: esto es, entrega inmediata de tres mil quinientos millones (á *peu pres*), en títulos del 3 por 100.
- Esto podrá no ser verdad; pero lo parece.
Infelices, cuánto habrán discurrido hasta llegar á esta solucion conciliadora(!)

Aunque parezca mentira, no me conformo del todo con la proposicion sobre incompatibilidades en absoluto entre el cargo de diputado y todo el que ejerza funcion retribuida por el Estado.

No señor, no estoy conforme; las cosas claras. Mañana puede alguien echármelo en cara, y por eso quiero dejarlo aquí consignado.
Enhorabuena que haya grandes limitaciones.
Enhorabuena que ciertos empleados no sean diputados.

Pero los catedráticos, los hombres de ciencias, las especialidades en este ó el otro ramo, ¿por qué han de ser incompatibles?

Castelar recibe sueldo del Estado, y lo gana muy dignamente, por oposicion, y á fuerza de trabajo y estudio.

¿Impide esto que haga la guerra al Gobierno?
No. Pues seamos lógicos.
Si yo fuera diputado no votaria las incompatibilidades en absoluto.
Y no canso más por hoy.

Lo digo con franqueza, ninguna cuestion tiene á mis ojos el interés que tiene la cuestion religiosa.
El clero (que no es la religion) ejerce sobre el Estado una influencia que es la muerte de la libertad, del progreso y de la civilizacion, condenados por el Papa.

Ese clero católico é intolerante no perdonará jamás á los hombres de la revolucion lo poco que han hecho por la libertad.

Le harán una guerra sin tregua y sin piedad, como si hubieran hecho mucho.

¿A qué, pues, contemporar, si ellos no se satisfacen más que con el todo?

El clero quiere dominar; no transige.

La revolucion no tiene otro remedio que separarlo del Estado.

¡Ay de vosotros si no lo haceis!

¡Ay de nosotros todos!

Aseguran que un miembro del Poder ejecutivo decia en el seno de la comision constitucional: «Señores, ¿con qué cara me presento yo á mi esposa, diciendo que se ha declarado la libertad de cultos?»

L'etat c'est moi, dicen que decia Luis XIV:

Para ese señor ministro el Estado es su familia.

El plágio es evidente; pero vale mucho menos que el original.

El dicho de Luis XIV es un rasgo de orgullo.

El dicho,—que suponen del ministro, es un rasgo de tontería.

¿Si será verdad que la especie humana degenera?

¡Los prelados y santos varones!—se conformaban con la separacion de la Iglesia y el Estado.
Y á pesar de todo, la idea es excelente.
¡Cuidado que se ven unas rarezas!

Sr. Director de GIL BLAS.

Muy SEÑOR MIO: No obstante hacer ya algunos años que en la prensa, *meetings* y cátedras mi vida es pública, jamás su periódico se había dignado citar mi nombre, y creo sea el único de Madrid.

Para la vez primera ha sido Vd. un poco cruel conmigo, y no siendo en mi sentir la sátira otra cosa que un modo de indignacion, debió Vd. estar indignado al saber que hubo quien me creyó agitador el dia de la manifestacion femenina, y antes de que otra ocasion llegara se apresuró Vd. á hacer constar que el Rivera Delgado, que siembra nuestro camino de discursos, no es Luis sino Manuel.

Innecesaria era en mi concepto la aclaracion, pues que yo me llamo siempre y siempre me llaman Rivera Delgado y no Rivera; ni hacen uso de mi nombre bautismal porque he empezado yo á suplirlo.

Pero ya que Vd. hizo la aclaracion, conste para los lectores de GIL BLAS: 1.º Que ni el dia pasado, ni cuando la manifestacion masculina, ni cuando la manifestacion en los Campos Eliseos, ni nunca he tomado la palabra para agitar sino para imprimir la gravedad al acto que mi imaginacion me sugiriese. 2.º Que en mis artículos y en mis obras he suscrito con el nombre de Rivera Delgado, y que así me llamo y se me conoce. 3.º Que en la manifestacion femenina hablé cuatro veces, y siempre en sentido conciliador. Y 4.º Que nunca he hablado donde hay cuatro gatos reunidos, porque el dia 14 hablé antes del Sr. Pierrad y Blanc y Orense, y el dia 13 del pasado en los Campos Eliseos antes del Sr. Castelar. Desque hablé por vez primera en Madrid, que fué cuando ensayamos el Sufragio universal, hasta hoy, solo he pronunciado discursos en un acto solemne del partido, ó para hacer en lo que pueda grave y solemne el uso de un derecho.

Hágame Vd. el obsequio de insertar esta carta en su periódico, y recibir el saludo fraternal de su afectísimo Q. B. S. M.

M. DE RIVERA DELGADO.

Madrid 25 de Marzo de 1869.

Por esta carta ven nuestros lectores que el Señor Rivera Delgado no es ningun agitador. Pero como yo no le acusé de tal cosa, podía haberme escusado de insertar su comunicacion, lo que no he hecho por deferencia al joven orador.

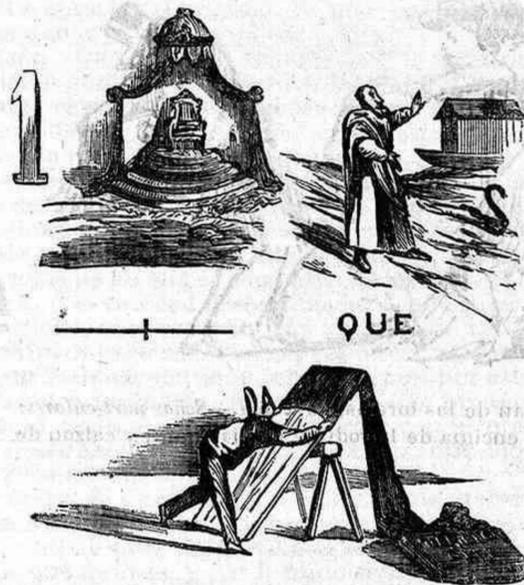
Una observacion voy á hacer: dice que la aclaracion no era necesaria. ¿Cómo nó, Sr. Rivera Delgado, cuando Vd. mismo me lo habia propuesto antes y hasta me habia ofrecido una carta sobre el particular, porque en cierta provincia donde Vd. ha perorado con motivo de las elecciones todos le tomaban por el Rivera del GIL BLAS? ¿Cómo nó, cuando ha tenido Vd. amigos que le han tomado por mí? Todo esto me lo ha contado Vd., que yo no lo invento.

Ni Vd. ni yo tenemos la culpa de que confundan nuestros nombres; pero es un hecho que los confunden, y Vd. me ha confesado antes la necesidad de esta aclaracion. Sabe V. que le aprecia siempre, — LUIS RIVERA.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Aigarroba*.

JEROGLÍFICO.



(La solucion en el próximo numero).

Correspondencia de GIL BLAS.

A. B. C. D. E. F. G. H. (Vejer.) No está en la índole de este periódico el sentido de su artículo. Piénselo Vd. Mucho hay de verdad, pero no debemos decirlo nosotros.
D. L. T. y R. (Valencia.) Quedan servidas las tres colecciones del 67 y 68 para Prusia.

RECOMENDAMOS AL PÚBLICO

LA ACREDITADA DENTISTA D.^a POLONIA SANZ,

la cual se ha trasladado desde la calle Mayor á la del Arenal, 8, pral.—5

MADRID: 1869.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.